

CHILINDRÓN Y LA TELEVISIÓN



Cuando Chilindrón enfilaba sus siete años muy pocas casas tenían televisión; había que ser muy rico o muy extravagante para permitirse esa lujosa rareza. Una mañana amaneció una antena en la calle de Chilindrón. Se alzaba en un tejado, sola y orgullosa, desafiando al cielo. Vista desde la calle, parecía un árbol de hojalata, con unas ramas rectas y sin hojas ni frutos. El árbol de un científico chiflado. Quizá un árbol marciano. Los olmos de la calle miraban con curiosidad al nuevo compañero.

-¿Habéis visto el árbol nuevo?

-Sí, qué elegante. Nunca había visto uno como él, dijo un arbolito joven.

- Lo raro es que ha brotado en una sola noche... ¡Y encima de un tejado! ¿Dónde se ha visto eso?, dijo un árbol cuarentón.

- No hay que fiarse de él, gruñó un árbol viejo. ¡Brotar y formarse en una sola noche! Las prisas no son buenas. A ver, callarse. ¿Qué dice el nuevo?

Era verano y las hojas verdes de los robles guardaron silencios durante horas. Si una chicharra chistaba la mandaban callar.

-Silencio, señorita. Que no oímos qué dice. El árbol, en efecto, no decía nada. Toda la mañana y toda la tarde estuvo callado, sin mirar siquiera a los olmos de la calle. Era ya casi de noche.

-Es un árbol de hierro. No tiene corazón. Por eso no habla, gruñó el viejo.

Entonces el árbol del tejado comenzó a hablar, pero no a ellos, sino a todo el mundo que quisiera escucharle. Era como si informara a la humanidad de asuntos de veras importantes. Evidentemente, las cosas de la calle, de los árboles corrientes, de las canciones de las chicharras, de los toma y daca de la nubes... Eso a él no le importaba. El era un árbol muy inteligente, conocía el mundo aunque no se pudiera mover de aquel tejado.

El árbol sólo hablaba de cosas importantes:

-Colisión múltiple de vehículos en la N IV... Discurso del Jefe del Estado en el Ateneo... Gobernador Civil inaugura...

A los pocos días todos empezaban a estar hartos de aquel árbol parlante y orgulloso que jamás saludó a ningún compañero. Decía cosas que a nadie le importaban.

Una noche calurosa del mes de julio, todos oyeron declarar al árbol: Astrong, Aldrin y Collins...Cohete... Apolo XI... El hombre ha pisado la luna...Un gran paso para la humanidad.

Los olmos levantaron la cabeza –quiero decir, la copa- al cielo. Y miraron la luna. Estaba blanca y triste como siempre. No se veía a nadie andando por su cara.

-Un hombre en la luna. Qué majadero orgulloso, sentenció el árbol viejo.

-Sí, está loco, dijeron todos a la vez.

Y estuvieron callados toda la noche. Sólo los grillos , que cantan a la luna y la conocen mejor que nadie... Sólo los grillos hablaban: cri cri cri. Sí sí sí, decían. Que sí y que sí. Se habían vuelto locos de tanto oír al árbol de hierro.

A la mañana siguiente, al poco de amanecer, dos hombres desayunaban en el bar de la esquina:

-Qué barbaridad. ¡Los americanos han llegado a la luna!

Desde ese día los olmos miraron con respeto al árbol del tejado. Tenían miedo de que fuera contando desde allí al mundo todos sus paliques y cosillas.

Desde entonces hablaban en voz baja.

-Cuidado, no alcéis la voz. Ese árbol cotilla es muy capaz de...

Las golondrinas, desde luego, se negaron a posarse en sus ramas metálicas. Sólo los gatos negros se atrevían con ella.

Imagen: <http://es.diyexplore.com/tv/como-fue-la-television-en-1950>

